

Crecía la Thora durante aquellos años de tarea oscura, con numerosas adiciones.

El período de Zorobabel y de Josué fue tan pobre en todos los sentidos, y los escritos de Agee y de Zacarías denotaban tanta inhabilidad, que por de pronto no parece aquel momento el más adecuado para redactar en masa las leyes sacerdotales y levíticas. Pero en el trabajo literario de aquel tiempo hay órdenes muy diversos. No sabemos si las descripciones de los trajes sacerdotales, hechas con tanto énfasis, son obra de los soñadores de la escuela de Ezequiel, a quienes nada costaba llenarlas de pedrería deslumbrante, o de los primeros colonos, compañeros de Zorobabel, que consolaban su miseria con los esplendores de esta casullería imaginaria. Quizá fueran contemporáneas de las grandes ceremonias religiosas en las que se desplegaba la actividad de Nehemías. Las leyes sobre los votos, las tarifas de los sacrificios, las prescripciones sobre las relaciones sexuales, las reglas sobre la pureza y la impureza, también son de fecha incierta, y lo único que puede decirse es que pertenecen a una época en que se atendía principalmente a la casuística.

Según parece los legisladores de la restauración fueron pues innovadores en el fondo. Establecieron un derecho consuetudinario y reunieron títulos de códigos no enlazados hasta entonces entre sí. Pero al copiar los textos más antiguos siempre les añadían algo. Tal vez deba atribuirse a los constructores del segundo templo la desatentada manera de aplicar la pena de muerte; aunque este modo de castigar simples faltas rituales huelga algo a utopista de los que prodigan las penalidades a roso y velloso sabiendo que no pueden cumplirse.

Pueden también atribuirse a los años de la restauración del culto los títulos concernientes a las fiestas y peregrinaciones cuyo sistema es mucho más complicado en el Código levítico que en el *Deuteronomio* y en Ezequiel. Igualmente se reglamentan nuevamente los sacrificios. El don de profecía se concentra en el sacerdocio y acaba siendo casi privilegio del sumo sacerdote aarónida. La pureza del corazón, tan recomendada por el *Deuteronomio*, no es más que una pureza legal, completamente exterior. El farisaidismo, contra el cual lanzará Jesús sus dardos más acerados, existía ya en lo esencial.

Al tener las fiestas nuevas un carácter expiatorio, que son muy inferiores a las fiestas antiguas, consagradas a la alegría, los ayunos estaban muy arraigados en la religión de Israel y de los pueblos semíticos en general, y en el presente no se hizo más que regularizar ciertos usos.

El sábado y la circuncisión llegaron a ser el fundamento de la vida judía. Olvidaron mucho, para atender a estas prácticas exteriores, las condiciones fundamentales de la verdadera piedad. La Pascua iba a ser la fiesta por excelencia. Los ritos de la gran panegiria adquirieron un carácter singular de solemnidad nacional y de misticismo.

Razonadamente, la higiene había sido una de las principales preocupaciones de los antiguos legisladores. La prohibición de ciertos alimentos, sucios o malsanos, formaba parte esencial de los códigos viejos. El

cerdo, casi siempre vehículo de enfermedades en Oriente, merecía las medidas radicales que se le aplicaron; pero lo añadido por el *Levítico* a las antiguas listas de animales prohibidos es bastante vano.

El código levítico causó entre los judíos todos los males. Los problemas de pureza e impureza dieron pie a infinitos escrúpulos y a pesquisas inacabables que, sobre todo cuando se trataba de los estados de la mujer, tenían grandísimos inconvenientes. Al esparcirse los judíos por el mundo europeo, estas reglas levíticas les impidieron el libre comercio con el género humano. El judaísmo, para conquistar el mundo, tuvo que renunciar a ellas, es decir, convertirse en cristianismo, como san Pablo lo concibió, sin circuncisión, ni prescripciones separatorias, ni mesas y lechos aparte.

La Thora, pues, se mantuvo abierta durante los últimos años del siglo VI. Los que toman en serio los relatos del libro de Esdras dicen que se acabó el trabajo por el año 450 antes de J.C. Parece, sin embargo, que las adiciones de la época de Esdras, si las hubo, no fueron importantes, y que ninguna parte esencial de la Thora es posterior al año 500 antes de J.C.

La parte relativamente moderna de la Thora, aunque muy inferior en alcance moral al *Libro de la Alianza*, al *Decálogo* y al *Deuteronomio*, fue en cierto sentido más importante que las partes antiguas. Se convirtió en la cadena que nunca ha podido romper el judaísmo, y que siempre ha tratado de hacer más pesada. Los primeros fundadores del cristianismo sabrán librarse de ella y reanudarán la tradición verdaderamente fecunda de Israel: la del espíritu profético. El cristianismo es el segundo Isaías, que resucita a los seiscientos años y reacciona contra una rutina secular. Pero la rutina por esto no fue vencida. El fanatismo de la Thora sobrevivió a los ataques que debieron matarla. El Talmud, que hasta nuestros días ha seguido siendo el genio perverso del judaísmo, surgió de la Thora, la reemplazó en cierto modo y fue la nueva ley del judaísmo.

El culto se complicaba en gran manera. El sábado no era ya un día de reposo, sino una fiesta semanal, con sus oficios particulares. Se regularizó el *tamid* (sacrificio diario). Tal vez sean de aquel tiempo las tres oraciones diarias y la costumbre de rezar de rodillas. Adoptado este uso por los musulmanes, es hoy como el ritmo de toda la vida oriental arrullada por el canto del muezzin.

Una costumbre adoptada luego por el islamismo, y que adquirió así importancia capital, fue la de volverse hacia la ciudad santa para rezar, cuando se estaba fuera de Jerusalén. Los samaritanos se acostumbraron a volverse hacia el Garizim. Mahoma no hizo más que tomar esta práctica de los judíos.

El sábado, castigado con la pena de muerte, y la circuncisión obligatoria, acabaron por ser verdaderos azotes, por los escrúpulos que suscitaron. Antes del cautiverio, eran prácticas que no descuidaba un hombre exacto. Luego, fueron exigencias que comprendían mil molestias y peligros. El judaísmo se convierte en un torno que no habría servido sino para triturar, si Jesús y san Pablo, con esfuerzo sobrehumano, no hubieran logrado aflojarlo y volver, según las aspiraciones de los antiguos profetas, al culto en espíritu y en verdad.